

bella Elena. De manera que la funesta muerte de Safo salvó á tres necios de una muerte casi segura; pero los ministros del templo no habrán dejado de atribuir su curacion á la santidad del parage.

Dije entónces á los dos viajeros, que Safo me habia confiado la historia de sus amores, y que si gustaban se la leeria. Fuímos pues á sentarnos á la orilla del mar sobre un asiento de musgo y alga, y leí lo siguiente.

CAPITULO XXXII.

Historia de los amores de Safo y de Faon.

Ví á Faon por la primera vez en Atenas, bajo el peristilo del templo de Jupiter. Acababa de señalarse en los nobles ejercicios del Gimnasio; el jugo aceitoso de la oliva brillaba aun sobre su descubierto pecho. Un vello ligero, y mas suave que la yerba naciente, empezaba á apuntar sobre lo encarnado de su tez. El jóven Hilas á quien robáron las ninfas, y Cipariso que fué llorado por Apolo, no tuvieron gracias mas seductoras. Venus misma le habia adornado con el don de agradar. Recibió de ella un vaso precioso lleno de una esencia perfumada; la derramó sobre su

cuerpo, y se esparció sobre él el encanto infame de la gracia y de la belleza. Le ví, y me estremecí toda; volvíle á mirar, y me empecé á consumir una fiebre ardiente. Entré en mi casa desatinada y perdida. Prosternéme á los piés de Venus, imploré su piedad. «Hija de Jupiter, la dije, tú inflamas las ondas y el aire; tu llama penetra á lo profundo de la tierra: penetra el corazon de mi amante, haz que yo sea amada, y te reconoceré por la mayor divinidad del Olimpo.» Mi lira, aquella lira tan dulce, ya no dió mas sonidos. El dia me abrumaba con su lentitud, la noche me parecia la imágen de la eternidad de los infelices. Pusoseme todo el cuerpo parecido á los que tienen la ictericia. Cinco veces habia ya el sol descrito su círculo diurno, y mi dolor era todavía el mismo. Por último, me confié á Biblis. «Querida Biblis mia, la dije, ten compasion de mí: yo soy presa del cruel amor: el jóven Faon absorve toda mi alma: corre al Gimnasio, y dile: «Safo quisiera veros,» y le conducirás aquí. Partió Biblis, y volvió con él. Asi que le ví salvar con pié ligero el umbral de mi puerta, me quedé mas helada que la nieve, y despues me puse trémula, y seguidamente ardorosa. El cruel conoció mi turbacion, bajó los ojos, y se sentó á mi lado. «Hermosa Safo, me dijo, mi corazon se os ha anticipado. Yo os

ví en el templo de Jupiter, y el fuego del amor se introdujo en mis venas. Si el mismo ardor os inflama, nada mas tengo que pedir á Cipris, pues he llegado al colmo de la gloria y de la dicha.» Dijo; y yo demasiado fácil de persuadir, me incliné sobre él: mi seno se abrasó contra su seno, mi faz se animó con un nuevo fuego, y mi alma se empapó en las fuentes del deleite.

En los dias primeros de nuestra embriaguez, me propuso Faon abandonar á Atenas (adonde me llevó el amor á las artes y á la gloria), para retirarnos á una soledad agradable y campestre. — Faon mio, le satisfice, pronta estoy á seguirte al monte Rodopo, ó á los desiertos de la Tebaida: por tí dejaria yo el mundo, los placeres, la fortuna y la gloria; porque, ¿ que es todo esto en comparacion del amor? Cierta estoy de vivir gustosa contigo en el mas rústico asilo: ninguna de las horas mias será envenenada allí por el tedio: la paz, el estadio, las delicias del campo, y sobre todo mi amante, alegrarán mis dias, y precipitarán su curso: pero tú, ¿ podrás soportar la monotonía, el vacío del retiro, el peso de una vida inactiva, y la larga duracion de nuestras conversaciones solitarias? A esto exclamó: « Amabilísima Safo, el tedio no puede estar donde estás tú: tú sabes unir lo sentimental con el sabroso atrac-

tivo de la variedad; tus conocimientos y tu imaginacion lo animan todo, y todo lo vivifican: cuando se está á tu lado, se está en el templo de las Musas.» Mas seducida yo por el cariño que por los discursos de Faon, y arrastrada por mi inclinacion al campo, que es una inclinacion natural á las almas tiernas y á los entendimientos sabios, tuve la debilidad de condescender á sus deseos. Pero con todo procuré buscar una soledad risueña, donde alguna vez pudiera oirse la voz humana, y donde la delicia del descanso y aun la del amor fuese alguna vez interrumpida con los placeres de una sociedad escogida.

Habia yo recorrido una parte de la Grecia. Conocia el valle de Tempe en Tesalia, morada deliciosa, donde le parece á la imaginacion que todo rie, y donde el hombre sensible é ilustrado conoce que puede vivir solo con la naturaleza. Este asilo fué el que propuse á Faon, y el que aceptó con gusto. Partimos muy en breve, gozosos de alejarnos del ruido tumultuoso de Atenas, para disfrutar de los dulces ocios y atractivos del campo, y de los placeres del amor.

Llegámos á Gonno, ciudad de Tesalia, y nos embarcámos sobre el Peneo, para reconocer sus orillas, y buscar una casa que estuviese en una situacion agradable.

Estábamos entónces en medio de la prima-

vera, y el valle de Tempe parecia su templo: abrese este valle al salir de Gonno, entre el Olimpo y el Osa, que amontonaron los fieros hijos de la tierra. Su longitud es de cuarenta estadios (48): su latitud, desigualísima, ya de dos, y ya de cuatro; y el río Peneo la recorre en un canal sosegado, serpenteando al derredor de las islillas cuya verdura y sombra eterniza. Una luz pura reposaba dulcemente sobre los objetos; la frescura de los bosques y de las aguas templaba la acción del sol. Desde el pié de las colinas hasta la orilla del río, todos son vérges y praderas esmaltadas, y pobladas de pájaros cuyos cantos melodiosos se mezclan con las rústicas consonancias de la churumbela campestre. El Osa y el Olimpo, á derecha y á izquierda, nos presentaban pinturas estupendas. Aquí se veían viñas ordenadas en anfiteatro; allí bosques de chopos, de plátanos y de fresnos. Caían en cascadas aguas abundantísimas que formaban al pié de las colinas muchos arroyuelos, los cuales, despues de haber paseado sus olas límpidas por entre las praderas, acababan su curso en el seno del Peneo (a): así, dije á Faon, acabaremos el nuestro en el seno de la naturaleza. Una floresta de árboles que

(a) Aquel delicioso valle produce vino escelente y esquisitas frutas; su aire es puro y sano.

allí espontáneamente crecen, cubria con sus sombras el río. A un aspecto como aquel exclamé: « ¡Esta es la festividad de los ojos! ¡este valle hermosísimo se formó para las felices escenas del amor, de la inocencia y del sosiego! » Despues de haber paseado por las orillas del río, retrocedimos á las cercanías de Gonno, donde estaba el asilo que buscábamos. Dejámos el barco, y llegámos, atravesando bosquecillos de laureles, al pié del monte Olimpo. Hallámos en su falda una casa preciosa que dominaba la llanura, el río y la ciudad, de la que solo distaba veinte estadios.

Pródiga estuvo la naturaleza en hermosear aquel parage. No se veían en él estatuas, ni mármoles, ni obeliscos, ni magníficos estanques, pero sí praderas, arroyuelos y vérges, que nos presentaban sin fausto bellezas de mayor precio. Aquel admirable asilo fué quien fijó nuestra elección y nuestros deseos.

Allí se nos pasaba el tiempo con suma rapidez. Lo que únicamente nos causaba inquietud en nuestras dichas, era la demasiada celeridad del tiempo. « Nuestros dias, solia yo decir á Faon, se siguen y se atropellan como las aguas del Peneo: nuestra juventud se pasa, y la muerte viene corriendo ácia nosotros; pero nosotros gozamos. Apuremos los deleites, para que hallandonos la

ancianidad hartos de placeres y de vida, dejemos la existencia del mismo modo que un convidado deja la mesa de un festin. » Para variar nuestros entretenimientos y ocupaciones, le enseñaba yo de día, á la sombra de los árboles, á casar su voz con los sonidos de la cítara; y tambien le enseñaba el ritmo de los versos, y el arte encantador de unir el sentimiento á la armonía y á la viveza de las imágenes. Para este ingrato fué para quien un día, entusiasmada con la poesía y con el amor, compuse aquella oda que circuló por toda la Grecia, y que sin duda repetirá la posteridad (49).

Por la noche, cuando el cielo sin nubes desplegaba el maravilloso espectáculo de aquella inmensidad de estrellas que brillan al traves de un espacio inconmensurable, paseaba yo sus ojos y su pensamiento por aquellos cuerpos errantes y luminosos, y le desarrollaba los sistemas de la astronomía. — « Mira, le decia yo, la estrella de Venus, la cual por la mañana bajo el nombre de Lucifer precede al carro del sol, y luce todavía cuando todas las demas estrellas han desaparecido ya. Por la tarde, bajo el nombre de Vesper, sigue á dicho astro, de quien lo mas que se separa son cuarenta y siete grados y medio. El gran brillo de este planeta proviene, á lo que presumo, de la cadena de montañas altas y ári-

das que la ciñen por todas partes (a). Muestrele despues las siete hijas de Atlas, ó las Pleiadas, que se aparecen por la primavera en la cabeza del Toro. Habian estas perdido á su hermano que un leon despedazó, no cesaban de llorar su muerte, y Jupiter movido á compasion las colocó en el cielo. Esplíqueme tambien las fases de la luna, y su revolucion, en torno de la tierra, en veinte y siete dias y un tercio. « Anaxagoras, le decia yo, sostiene que está habitada. Metrodoro opina que es tan absurdo no poner mas que un mundo en el vacío infinito, como decir que no podria crecer mas que una espiga de trigo en una vasta campiña. Epicuro, Democrito y Leucipo son del mismo dictámen. En efecto, vemos seis planetas al derredor del sol, que giran en sus órbitas, y que tienen, como la tierra, un movimiento de rotacion, desigualdades y montañas: ¿por que, pues, no estarian tambien habitados? Lo que estos grandes filósofos dicen de estos planetas, lo estiéndiendo á todos los sistemas planetarios que circundan las estrellas: cada estrella debe ser un sol, esto es, un cuerpo luminoso é inmó-

(a) Bianchini, de Verona, contó, ácia la mitad del disco de Venus, siete mares que se comunican por cuatro estrechos, y otros dos mares ácia las estremidades, sin comunicacion con los primeros.

vil, el cual probablemente estará circundado de sus planetas poblados como la tierra (a). Pero yo creo á Mercurio inhabitable, porque su proximidad al sol debe hacer la intensidad de su accion sobre él mucho mas considerable que el mas grande calor de la tierra (50).

Le espliqué luego la causa de los eclipses que tanto asombran al pueblo. Le hice observar el polo boreal. Contábamos juntos las siete estrellas brillantes de la Osa grande. Le referí la historia de la desgraciada Calisto, á quien la zelosa Juno metamorfoseó en osa, para quitarsela á Jupiter que la amaba; pero este Dios la colocó en el cielo, bajo el nombre de Helita ó de Carro. La estrella que brilla á su lado, es su hijo Arcas, el cual cazando iba á herir á su madre con un dardo, cuando Jupiter, por estorbar aquel parricidio, le transformó en oso, y le fijó en el cielo bajo el nombre de Bootes ó el Boyero. Por mucho tiempo sirvió la Osa grande de guia á los navegantes; pero se descubrió, mas cerca del polo ártico, á Cinosura ó la Osa pequeña, compuesta tambien de siete estrellas brillan-

(a) *Necesse est confiteare*

*Esse alios aliis terrarum in partibus orbis,
Et varias hominum gentes et secla ferarum.*

LUCRET.

tes, que fuéron en otro tiempo unas ninfas que cuidáron á Jupiter cuando niño. Los navegantes se rigen hoy por esta última constelacion, y especialmente por la estrella polar, que está aislada y á la cola de las otras: aparece inmóvil, porque es pequeño el círculo que describe, y solo se aleja del polo dos grados á lo mas (a).

Habléle del ciclo, ó del número de oro del filósofo Meton, que los Atenienses grabáron en la plaza pública (51).

Algunas veces, cuando el mediodía deramaba torrentes de fuego sobre la abrasada tierra, nos retirábamos á una gruta tapizada de musgo; y allí, coronados de flores y blandamente sentados sobre camas de hojas, hacíamos alguna lectura interesante. Leíamos con delicia la Ciropedia de Xenofonte. ¡Que estilo tan encantador! estaba inspirado por las Gracias. — « Esta historia, decia yo á Faon, no es mas que una ficcion ingeniosa, por la cual el autor, bajo el nombre del gran Ciro, ha querido darnos altas lecciones de moral y de política. Platon ha producido el

(a) Las estrellas fijas tienen movimiento, pero de suma lentitud. No cambian de situacion entre sí. Los astrónomos las toman por puntos inmóviles, á quienes refieren todos los movimientos de los planetas que están debajo de ellas.

sueño de un ingenio de imaginacion, se ha estraviado en los espacios; el plan de su república es tan imposible de ejecutar, como lo seria el de hacer á todos los hombres filósofos.» Xenofonte nos ha presentado con mas claridad y sabiduría el modelo de un gobierno monárquico templado. El quimérico Platon ha querido desterrar á los poetas de su república, coronandolos de flores; mas se ha retractado en un diálogo intitulado *Minos*, en el cual introduce á un personage que pregunta á Socrates ¿por que es fama general que Minos fué un rey cruel y bárbaro? — Por la misma razon, responde Socrates, que debe hacer temer á todo hombre que ame la gloria, el resentimiento de los hijos de Apolo. Cantaba sobre mi lira las delicias de la primavera, los beneficios de Ceres, la belleza y el poder de Citerea, los dulces placeres, y la embriaguez del amor; y cuando Morfeo nos circundaba con sus adormideras benéficas, acostados el uno al lado del otro recibíamos al Dios en nuestros cargados ojos. ¡Que existencia tan dichosa! ¡que sueño tan apetecible! pero al despertar, ¡que espantoso!

CAPITULO XXXIII.

Interrumpese la lectura. Exequias de Safo.

EN aquel momento llegaron á decirnos que iban á hacer las funerales á la desventurada Safo; acudimos inmediatamente. Fanor dijo á los sacerdotes que renunciaba al salto del promontorio. Objetáronle su juramento á Apolo. Respondióles que era cierto que habia jurado; pero que habia jurado despues, por los manes de Safo, no mantener su juramento.

Estaba ya el cadáver lavado, perfumado con esencias, y vestido con un ropage magnífico. Hallabase espuesto á la entrada del templo, junto á un gran vaso de agua lustral, en que se purificaban los que tocaban el cadáver. Cubrimos su cabeza con un velo, y la pusimos una corona de laurel, adornada con algunas flores. Un sacerdote le puso en la mano una torta de harina y de miel para apaciguar á Cerbero, y bajo la lengua una moneda de plata para pagar el pasage á Carón (52).

Así quedó á la vista el cadáver lo que faltaba del dia, y toda la noche. Las mugeres que la velaban daban largos gemidos y gritos dolorosos; y algunas en señal de cariño se

cortaban el pelo, y lo depositaban en el ataúd, que era de madera de ciprés.

Anuncióse el entierro, segun costumbre, para ántes de salir el sol. Delante iban músicos tocando flautas; unos hombres enlutados, con los ojos bajos, precedian al carro, y unas mugeres cerraban la marcha. En aquel orden subimos á una colina destinada para la sepultura: en ella se hizo la hoguera, se colocó el cuerpo vuelto ácia el occidente, y se le pegó fuego con unas hachas. Miéntas el cadáver se quemaba, hicimos libaciones, y echámos en el fuego flores, miel, pan, y algunos despojos de Safo; y la llamámos tres veces. Así que estuvo consumido el cadáver, se recogieron las cenizas en una urna, y se sepultó en la tierra. A la inmediacion se puso un cipo ó columna (53), sobre la cual se grabó una lira, atributo de la poesía, con este epitafio:

Yace aquí Safo, de la Grecia gloria:
Llorad, Musas y Amores, su memoria.

Plantámos algunos olmos al derredor de la sepultura, y despues la llamámos otras tres veces (54), y con esta despedida última se renovaron nuestras lágrimas. Los que asistieron al entierro fuéron convidados al festin fúnebre, y en él celebrámos á porfia el talento y el ingenio de Safo. Finalizada la comida, nos

abrazámos todos, y todos nos despedimos, como si nos viésemos por la última vez (a).

Acabada la ceremonia, nos fuímos á continuar nuestra lectura debajo de una vasta roca donde reinaban el silencio y la frescura.

CAPITULO XXXIV.

Continuacion de la historia de Safo.

ESTÁBAMOS ya cerca del aniversario de una fiesta que los Tesalianos celebran cada año en el valle, en memoria de un temblor de tierra que abrió camino á las aguas del Peneo. Los habitantes de Gonno y de los pueblos inmediatos acudieron en tropas á las orillas del río, que apénas se veía con la multitud de barcos que subian y bajaban. Se ofrecieron innumerables sacrificios. El aire estaba embalsamado con infinitos perfumes. La flor de los mozos de ámbos sexos, separados en dos bandas, con ramos de laurel en las manos

(a) El pueblo de Mitilene la erigió una tumba magnífica, con una inscripcion que recordaba su aventura, y la elevó una estatua de oro. Dejó nueve libros de poesías líricas, elegías, yambos, epitalamios; mas solo han escapado al tiempo dos piezas: la una conservada por Longino, la otra por Dionisio de Halicarnaso.

cantaban á coros, y se correspondian alternativamente con religiosos himnos. Los ecos repetian sus cánticos y alegres gritos; y ya que hubieron cumplido con los ritos y ceremonias, pusieron á la sombra de los bosques, en las islitas, las mesas del festin. En aquella celebridad, entran los hombres en la primitiva igualdad de la naturaleza, porque confundidos los señores con los esclavos comen juntos, y aun los mismos señores sirven á sus esclavos.

Con esta igualdad crece la alegría y la licencia de la fiesta. Duraron las comidas hasta entrada la noche, y se terminaron con bailes, músicas, y otros ejercicios.

Entre aquel tumulto perdí á Faon; pero tuve la dicha de encontrar á Tales de Mileto, que se paseaba con unos sofistas de Gonno y de Homelis. Este filósofo, que fué despues llamado uno de los siete Sabios de la Grecia, volvia de Egipto; yo le habia conocido en Atenas. Despues de las espresiones de gozo y de amistad, nos llevaron los sofistas á una de las gargantas del monte Osa. Allí un torrente espumoso, que va estrepitosamente rodando por entre rocas, las remueve, y aun suele arrollarlas. Sus aguas se chocan, se parten, se levantan y se precipitan, furiosas y mugientes, en un abismo desde el cual con nuevo furor se lanzan á los aires.

Continuámos subiendo, y nos hallámos entre dos montañas negras, desnudas de todo germen de fecundidad, y sin presentar por todas partes otra cosa que profundos abismos. Las nubes vagaban sobre nuestras cabezas, y debajo reposaba el caos. Veíamos montes desplomados, escondidos bajo sus mismos escombros, y unas rocas amontonadas, y otras amenazando aterrizar con su peso enorme á cuanto se las pusiese por delante. Vueltos al valle, supliqué á Tales que nos refiriese algunas particularidades del Egipto. Fuímonos á sentar, lejos del ruido, bajo unos chopos que estaban á la orilla de un hermoso arroyuelo. La luna enviaba por entre los árboles un resplandor dulce y moderado con la sombra de las hojas. Tales se sentó en medio de nosotros, y empezó su narracion del modo siguiente.

CAPITULO XXXV.

Accion arrojada sobre el Nilo. Del Fenix.

Voy á hablaros de una accion valerosa que se ejecuta en una de las cataratas del Nilo, porque este río tiene muchas, y especialmente dos que caen desde muy alto. « Cerca de la principal, nos dijo Tales, estrecha el